

La costa de los alcornocales.

En el sur de la península Ibérica y bajo la atenta mirada de África, se producen fértiles encuentros; el Atlántico se mezcla con el Mediterráneo, y el Parque Nacional de los Alcornocales linda con el del Estrecho.

A veces, los encuentros son trágicos. Lo fue el del mercante *Dina*, de bandera panameña y tripulación griega, con los bajíos, cuando encalló, en 1983, empujado por el viento de levante.

Cuando se quebró la obra viva del buque, el capitán, el primer oficial y el maquinista no quisieron salir. Hasta que fue irremediable el final del *Dina*, que se hundió en Cala Arenas, frente a las Piedras del Chorlito.

La gente del lugar hablar de los restos de *El Habichuelo*, sobrenombre que recibe por la carga principal del mercante, que quedó esparcida en el fondo marino.

Hoy en día no quedan restos de las alubias, y el pecio, a unos 10 metros de la superficie, se ha convertido en un fondo marino más.

No obstante, camuflado entre los epífitos, todavía se ve algún ingenio humano, inerte ya, rodeado de algas, sin más función que servir de soporte.

El viento, el agua y el tiempo han modificado la estructura de la nave, y en su superficie se ha incrustado la vida marina en todas las formas bentónicas.

Algunas piezas todavía son reconocibles, pero otras, ya se ha mimetizado con su nuevo hábitat y con sus nuevos inquilinos. Y es que las algas no diferencia la materia metálica que un día fue barco de la superficie pétreo que siempre fue roca.

Algas, como el espárrago marino, necesitan un sustrato firme y sólido, al que agarrarse con la fuerza suficiente para no ser arrancadas por las corrientes del Estrecho, que circulan sin descanso y arrastran cuanto encuentran a su paso.

Aunque algunos organismos, como los espirógrafos, obtienen más ventajas que inconvenientes de que la corriente deje alimento y oxígeno entre su plumero de branquias.

Pero otros seres tienen más problemas con las corrientes. Los tres colas hallan sosiego a resguardo de una roca, donde los remolinos de arena reflejan la fuerza del agua en sus rutas submarinas.

En la superficie, los molinos de viento giran vertiginosos. Los quijotes modernos los confunden con gigantes que hay que combatir; pero con sensatez eterna, los sanchos contemporáneos los ven como aliados del viento para mejorar la vida de los hombres.

En la desembocadura del río Guadalquivir, la torre homónima, a medio camino entre Tarifa y Algeciras, servía para evitar que los navíos enemigos no se aprovisionen de agua.

Las piedras bajan de la sierra de la Luna con el río; cuando descansan, frente a África, las cubren algas amantes de la luz y adaptadas a la inundación intermitente que impone la marea.

Bajo el mar, ya sin apenas aristas, servirán de refugio para peces y de sustrato para algas.

Y se repartirán esa tarea con los hierros de los barcos.

En la chimenea que recorría el vapor de un barco, ahora juegan peces y crustáceos, se cobijan gusanos y crustáceos y se fijan las algas, sobre todo las más resistentes a las corrientes y de crecimiento más rápido.

Los pequeños tres colas compensan su debilidad con astucia.

Mientras que el cabracho, aguanta, imperturbable, los embates de las corrientes de Estrecho de Gibraltar.